



(La antigua Plaza Mayor de Madrid.)

## LAS CALLES Y PLAZAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## LA PLAZA MAYOR.

Desde los tiempos de Juan II, á principios del siglo XV, viene haciéndose ya mención de la plaza del Arrabal, estramuros de la puerta de Guadalajara, en el sitio mismo que ocupa hoy la Mayor y mas central de la villa; aunque por entonces debió ser de forma irregular y cercada de mezquinas casas propias de un arrabal; pero á medida que este fué creciendo en importancia y dedicándose al comercio la parte inmediata á la antigua entrada principal de la villa, fueron tambien renovándose aquellas, y dando lugar á otras generalmente destinadas á tiendas y almacenes, algunas construidas por cuenta de la villa, como lo fué la carnicería y otras. En una real provision que existe en el archivo de Madrid, del rey Don Felipe II, fecha en Barcelona á 17 de setiembre de 1595, cometida al Licenciado Cristóbal de Toro para que informase «qué costaría hacer unas tiendas en la plaza del arrabal» y si seguiria utilidad en hacerlas quedando su fábrica para los propios de la villa, advertimos de paso la circunstancia de que, aun tres siglos después de la ampliacion de Madrid con la nueva cerca, y hasta treinta y mas años posterior al establecimiento de la corte en ella, se seguia apellidando el arrabal á la parte de poblacion exterior á la antigua muralla.

El estado de deterioro á que habia venido la plaza á principios del siglo XVII movió al rey D. Felipe III á disponer su completa demolicion y la construccion de una nueva, digna de la corte mas poderosa del mundo. A este fin dictó las órdenes convenientes á su arquitecto Juan Gomez de Mora, uno de los mas aventajados discípulos de Juan de Herrera, el cual la dió terminada en el corto espacio de dos años (en el de 1619), ascendiendo su coste total á 900,000 ducados.

Tiene su asiento en medio de la villa formando un espacioso cua-

drilongo de 434 piés de longitud por 354 de latitud y 1536 en la circunferencia; ofrecia una gran simetria en su caserio, que constaba de cinco pisos sin los portales y bóvedas con 75 piés de alto y 50 de ci-mientos, y con salidas á seis calles descubiertas y tres con arcos; en sus cuatro frentes habia 156 casas (1) con 477 ventanas, con balcon y habitacion para 5,700 vecinos, pudiendo colocarse en ellas con ocasion de fiestas reales hasta 50,000 espectadores. Los frontispicios de las casas eran de ladrillo colorado, y estaba coronada por terrados y azoteas cubiertas de plomo y defendidas por una balaustrada de hierro. Está y las cuatro hileras de balcones de los distintos pisos estaban tocados de negro y oro, todo lo cual y su rigurosa uniformidad le daba un aspecto verdaderamente magnifico. En medio del lienzo que mira al Sur se construyó al mismo tiempo que la plaza el elegante y suntuoso edificio con destino á servir de casa real y de panaderia en su parte baja, y magnificos salones en la principal para juntas y otros actos públicos, y para recibir á los reyes cuando acudian á las fiestas solemnes que se celebraban en esta plaza.

(1) No acertamos á combinar este número de casas que dan á la antigua plaza todos los escritores de la época, con el que aparece de la *Planimetría* y registro general para la visita de aposento verificada en mediados del siglo pasado, por la cual se demuestra que el número de dichas casas de la plaza era solo el de 68, la mitad exacta de las 156 de que hablan los escritores; á menos que estos no adoptasen del lenguaje comun de entonces la calificación vulgar de un par de casas que solia darse á los edificios que constaban de mas de un piso, en cuyo caso los 68 pares de la plaza representarían el citado número de 156. Por lo demás, el espacio de estas era tan reducido aun para 68, que las mas de ellas andaban entre 200 y 600 pies de superficie, lo suficiente para una tienda en el piso bajo y otra pieza en cada uno de los superiores, á que se subia por una empinadísima escalera, de que puede verse muestra en la única casa que queda de aquella época, y es la señalada con el número 1 antiguo, 6 nuevo de la manzana 195.—A propósito de esta casa debemos decir que no es cierto, como han asegurado los periódicos, que perteneciese en el siglo XVII á la comedianta *Maria Calderon*, favorita de Felipe IV y madre de D. Juan de Austria, ni por consiguiente sea exacta la suposicion de haberla hecho la reina retirar de sus balcones en una funcion de toros. Esta casa pertenecia segun nuestras noticias en la época á que se alude al mayordomo de Schastian Vicente, que poseyó después el marqués de Huerta.—El cuento del balcon se refiere sin duda á otra casa mas hácia la esquina de la calle de Buteros, que no existe ya, en la cual se veia un balconcillo fuera de sinesacion, que llamaba el vulgo el balcon de *Maridápalos*, y al cual se referia la tradicion de haber sido improvisado una noche de orden del rey para que pudiera presenciar la fiesta una de sus favoritas, que no tenia balcon.

21 DE AGOSTO DE 1855.

(1) Véanse los números anteriores.

En el lienzo frontero se elevó también otro suntuoso edificio para *carnicería* de la villa, la cual era común á vecinos y forasteros, á diferencia de las otras dos carnicerías públicas que existían anteriormente; una en la plazuela de San Salvador para sólo los hijos dalgos, en que se pesaba sin sisa, y la otra en la colación de San Ginés, para los pecheros, con sisa, y duraron hasta 1383 en que se quitaron los pechos.

La relación de los sucesos, ya trágicos, ya festivos, de que desde su construcción hasta el día ha sido testigo esta plaza, daría materia á un largo volumen; pero limitados hoy á los estrechos términos de este artículo, indicaremos sólo los mas principales para excitar la curiosidad y el interés de los investigadores de la historia madrileña.

El primer suceso histórico á que sirvió de teatro esta plaza, tuvo lugar á 13 de mayo de 1620, pocos meses después de concluida la nueva. Celebrábase aquel día por la villa la beatificación del glorioso *Isidro Labrador* con una solemne función, para la cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de 47 villas y lugares, formándose una procesion en que se contaban 156 estandartes, 78 cruces, 19 danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del Santo se puso en una arca de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y costó 16,000 ducados, sin la hechura, y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, fuegos y encamisada por espacio de seis días; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios y fuegos, que se quemó por descuido, terminándose la función con un certamen poético para nueve temas que propuso la villa, y de que fué secretario el célebre *Lope de Vega*, que después le publicó.

Por auto acordado de 30 de junio del mismo año se puso tasa en los balcones de la misma plaza para las fiestas reales, señalando el precio de doce ducados para los primeros, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos, lo cual se entendía solo por las tardes, pues el disfrute de las mañanas era de los inquilinos de las mismas casas.

Habiendo fallecido Felipe III en 31 de marzo de 1621, levantó Madrid pendones por su hijo Felipe IV en 2 de mayo siguiente, celebrándose esta ceremonia con grande aparato en la nueva Plaza Mayor.

Mas trágica escena se representó en esta á 21 de octubre del propio año, alzándose en medio de ella el público cadalso en que fué decapitado el célebre ministro y valido *D. Rodrigo Calderon*, *marqués de Siete Iglesias*; y viendo Madrid con asombro rodar á los pies del verdugo la cabeza del mismo magnate que pocos meses antes había visto pasear aquella plaza con gallardía al frente de la guardia tudisca, cuyo capitán era; catástrofe memorable que le pronosticó el también desgraciado conde de Villamediana, con motivo de cierta reyerta que en las fiestas anteriores tuvo *D. Rodrigo* en la plaza con *D. Fernando Verdugo*, capitán de la guardia española, en aquellos versos que decían:

«¿Pendencia con Verdugo y en la plaza?  
Mala señal por cierto te amenaza.»

El domingo 19 de junio de 1622 celebró Madrid la canonización del mismo patron *S. Isidro Labrador*, al propio tiempo que la de los Santos *Ignacio de Loyola*, *Francisco Javier*, *Teresa de Jesus* y *Felipe Neri*, con grande solemnidad de altares en la plaza y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias; cuya pomposa relación publicó *Lope de Vega*, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasión á los Consejos y ayuntamiento en la misma Plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de *S. Isidro*.

Con motivo de la venida del príncipe de Gales á la corte de España en 1623, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta Doña Maria, hermana de Felipe IV, puede decirse que los seis meses que estuvo en Madrid, hasta 9 de setiembre en que salió para Inglaterra, fueron una serie no interrumpida de festejos asombrosos, en que desplegó su carácter poético y caballeresco el rey, y su corte la grandeza y riqueza que encerraba en su seno; pero no siendo nuestro intento por ahora detenernos á describir á quella brillante época de Madrid, fijaremos solo la atención un momento en las solemnes fiestas de toros, celebradas para obsequiar al príncipe en la Plaza Mayor el día 1.º de junio.—Para ello se puso otro balcon dorado junto al de SS. MM., y habiendo venido la reina en silla, por hallarse preñada, acompañándola á pie el conde duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazan y dos alcaldes de corte, ocupó su balcon con los infantes é infanta Doña Maria; y en el otro balcon nuevo, dividido con un cancel ó biombo, se colocó el rey con el príncipe inglés.—En esta fiesta dicen los historiadores madrileños que fué la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos por medio de mulas; peregrina invención que atribuyen al corregidor *D. Juan de Castro* y Castilla. Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne

fiesta real de cañas para el lunes 21 de agosto, arreglándose diez cuadrillas, que regían el corregidor de Madrid, el conde de Oropesa, el marqués de Villafranca, el almirante de Castilla, el conde de Monterrey, el marqués de Castel Rodrigo, el duque de Cea, el duque de Sesa, el marqués del Carpio y el Rey en persona.—Merece leerse la suntuosa descripción que hacen los historiadores de esta fiesta, como una de las mas magníficas que ha presenciado la corte de España, pasando de quinientos el número de caballos que entraron en ella, soberbiamente enjaezados y montados por los mas bizarros personajes. La Reina y la Infanta (á quien ya llamaban *Princesa*) asistieron al balcon de la Panadería, y se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe, que era el blanco. Luego entró en el balcon el rey con el príncipe é infante, y por orden de S. M. se quitó el cancel que estaba puesto entre ambos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta su prometida, con solo la reja de hierro en el medio.—Corrieron primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde duque de Olivares; y así que se avistó la real persona, se levantaron la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los consejos, tribunales y la demás concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera, siguiendo luego las demás escaramuzas y juegos todas las demás cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenia á la sazón 18 años) dió mucho que admirar al concurso todo.

Espectáculo de muy diverso género presentó la Plaza nueva el día 21 de enero de 1624 en el auto de fe (el primero de que se hace mención en ella) celebrado por la Inquisición para juzgar al reo Benito Ferrer por fingirse sacerdote. A esta ceremonia asistieron los consejos y autoridades con todo el séquito de costumbre, los familiares de la Inquisición y las comunidades religiosas; y el reo fué quemado vivo en el brasero que se formó fuera de la puerta de Alcalá. Otro auto de fe se menciona en 14 de julio del propio año, en que fué condenado *Reinaldos de Peralta*, buhonero francés: este fué sentenciado á garrote, y después quemado su cadáver.

Entre las varias fiestas reales celebradas en aquella época merece mencionarse la de toros y cañas que hubieron lugar en esta Plaza á 12 de octubre de 1629 para celebrar el casamiento de la misma infanta Doña Maria (antes prometida del príncipe de Gales) con el rey de Hungría, á cuya fiesta asistió la misma infanta, y acabada aquella salió de Madrid para reunirse con su esposo en Alemania.

El día 7 de julio de 1631 fué bien trágico para la Plaza Mayor; pues habiéndose prendido fuego en unos sótanos cerca de la carnicería, tomó tal incremento, que corrió hasta el Arco de Toledo, desapareciendo en breves horas todo aquel lienzo. Duró el fuego tres días: murieron doce ó trece personas y se quemaron mas de cincuenta casas, cuya pérdida se valuó en un millon y trescientos mil ducados. No bastando los socorros humanos acudieron á los divinos, llevando á la plaza el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz; San Ginés y San Miguel, y levantando altares en los balcones, donde se celebraban misas. Colocáronse también las imágenes de Nuestra Señora de los Remedios, de la Novena y otras varias, siendo extraordinaria la agitación y pesadumbre que tan extraordinario suceso ocasionó en el vecindario.

Sin embargo, no dejaron de correrse pocos días después los toros de Santa Ana, en la misma plaza á 16 de agosto siguiente (1): los reyes mudaron de balcon y asistieron á la fiesta en uno de la acera de los Pañeros, porque en la casa Panadería había enfermos de garrotillo; y sucedió que á lo mejor de la fiesta corrió rápidamente la voz de ¡fuego en la Plaza! ocasionada por el humo que veían salir de los terrados, y era á causa de que unos esportilleros se habían colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de *Mauleros* y *Zapatería*. La confusión que esta voz produjo por el recuerdo de la reciente catástrofe fué tal entre los cincuenta mil y mas espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron de los balcones, otros de los tabladós; en las casas de Zapatería reventaron las escaleras, muriendo en todo y estropeándose multitud de personas; y gracias á que el rey conservó la serenidad y permaneció en su balcon, mandando continuar la fiesta para asegurar á los alucinados.

Otro auto de fe celebró en esta plaza la Inquisición de Toledo en 1632, con asistencia de la Suprema y de los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Portugal, Flandes y las Indias. Juzgóse en este auto á treinta y tres reos por diferentes delitos de herejía, cuya relación imprimió el arquitecto *Juan Gomez de Mora*. El rey y su familia asistieron á esta solemnidad en el balcon sétimo del ángulo de la Cava de San Miguel.

A consecuencia de la causa de conspiración contra el Estado, for-

(1) Las fiestas ordinarias de toros eran tres al año, y se celebraban en la Plaza Mayor en los días de San Isidro, de San Juan y de Santa Ana.

mada al duque de Híjar, D. Rodrigo de Silva, al general D. Carlos de Padilla y al marqués de la Vega, fueron degollados en público cadalso los dos últimos en la Plaza Mayor el viernes 5 de noviembre de 1648 (4).

Muchos otros acontecimientos y fiestas tuvieron lugar en la Plaza durante el largo reinado de Felipe IV; pero el mas señalado sin duda fué ocasionado por la entrada pública de su segunda esposa Doña Mariana de Austria, el 15 de noviembre de 1645. La pomposa descripción de los adornos de la carrera, arcos, templete, teatros, danzas y máscaras puede verse en el analista Pinelo, que la describió con su acostumbrada prolijidad. Baste decir que en la calle de Platerías se formaron dos grandes gradas ó mostradores, donde el gremio de plateros colocó joyas y alhajas riquísimas por valor de mas de dos millones de ducados.

El reinado de Carlos II, el de los hechizos, ni durante su larga minoría, ni después que tomó las riendas del gobierno, prestó ni pudo prestar á la corte de España aquel colorido brillante, poético y cabaleresco que el anterior, distando tanto el carácter é inclinaciones del nuevo monarca de las que su padre habia ostentado toda su vida. La austeridad y la tristeza ocasionadas por la enfermiza constitucion de Carlos y por su espíritu apocado, se reflejaron sensiblemente en toda la monarquía, y el público madrileño, ocupado unas veces con las intrigas palaciegas del P. Nitard y Valenzuela, otras con los regios disturbios de Doña Mariana y D. Juan de Austria, y posteriormente con las dolencias y escrúpulos del rey, sus conjuros y su impotencia, apenas tuvo lugar de presenciar en la Plaza Mayor aquellos magníficos espectáculos de que tan grata memoria conservaba.

Hubo sin embargo algunos paréntesis halagüeños en aquella época doliente y monacal; y tal fué sin duda el que ocasionó el régio enlace de Carlos con la princesa *Maria Luisa de Orleans*.

Pero debemos hacer mención de otro episodio desgraciado en esta Plaza, y fué un segundo incendio ocurrido la noche del 20 de agosto de 1672 que devoró muchas casas y la real de la *Panadería*, la cual fué levantada de nuevo en el espacio de diez y siete meses, merced al empeño del privado Valenzuela, y bajo los planes y direccion del arquitecto D. José Donoso, uno de los corruptores del buen gusto en aquella época desdichada, si bien en este edificio, conservándose la planta baja (que era de Gomez de Mora), trató el Donoso de imitar en las demás la construccion antigua con los mismos tres órdenes de balcones y uno corrido en el principal y las dos torrecillas en los estremos del edificio. La escalera es ancha y majestuosa, y los salones tienen magníficos artesones pintados á competencia por el mismo Donoso y Claudio Coello.—Pero volvamos á *Maria Luisa de Orleans*.

La solemne entrada de esta desgraciada reina en 15 de enero de 1680 sirvió de ocasion al pueblo madrileño para desplegar su natural alegría, y á la corte de España para ostentar aun las últimas llamaradas de la antigua grandeza.—Entre la multitud de festejos celebrados con este motivo, las *fiestas reales* de toros, que tuvieron lugar en la plaza Mayor, fueron acaso las mas señaladas. Una autora francesa contemporánea describe aquella régia fiesta con las brillantes pinceladas siguientes:

«La Plaza Mayor, circundada por un estenso tablado, y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecia un golpe de vista mágico: al ruido de las músicas, y entre la animada agitacion de la multitud, fueron ocupando los balcones que les estaban señalados las autoridades de la villa, los Consejos de Castilla, de Aragon, de la Inquisicion, de Hacienda, de las Ordenes, de Flandes, y de Italia, las embajadas de todas las cortes, los jefes y servidumbre de la casa real, los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y bolsillos de ámbar llenos de monedas de oro, eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M.; y por todas partes reinaba un movimiento, una alegría imposibles de pintar. Al aspecto de aquella plaza que traía á la memoria los antiguos circos del pueblo rey; de aquellas ricas tapicerías; de aquellos balcones llenos de hermosuras; de aquellos caballeros gallardeando sobre bellos caballos andaluces y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, *Maria Luisa* pudo gloriarse un momento de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galán»

»Luego que el rey y la reina hubieron tomado asiento en su balcon, la guardia de *archeros* y de la *lancilla* hizo el *despejo* de la plaza; y entraron en seguida cincuenta toneles de agua, que la regaron; y la guardia se retiró bajo el balcon del rey conservando aquel peligroso puesto durante toda la corrida, sin mas accion de defensa que la de presentar al toro en espesa fila las puntas de sus alabardas, y si el animal moria al impulso de estas, sus despojos eran para los soldados. Seis alguaciles ricamente vestidos y sobre ligeros caballos atravesaron

luego la plaza para traer á los caballeros que debian lidiar. Otros recibieron de las manos del rey las llaves del toril y fueron á desempeñar su comision, no sin visibles señales de pavor á la vista del toro, que abierta la compuerta se lanzaba á la plaza con toda la ferocidad de su instinto.

»Entre los caballeros en plaza se hallaban el duque de Medinassidonia, el marqués de Camarasa, el conde de Rivadavia y otros grandes; y un jóven sueco (el conde de Konismarck), hermoso, valiente, y que atraía las miradas de todos por la magnificencia de su comitiva. Componíase de doce caballos soberbios, conducidos por palafreneros, y seis mulas cubiertas de terciopelo bordado de oro, y que llevaban las lanzas y *rejoncillos*. Cada combatiente tenia igualmente su comitiva, y todos estaban ricamente vestidos con variados colores y plumajes, bandas y divisas. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos vestidos de indios, ó de turcos, ó de húngaros ó de moros. Esta comitiva paseó la plaza y se retiró después á la barrera.

»No bien el primer toro se presentó en la plaza, cuando una lluvia de dardos arrojados, llamados *banderillas*, cayeron sobre él escitando el furor de la fiera con sus vivas picaduras. Corría entonces á buscar al caballero, el cual le esperaba con una pequeña lanza en la mano: hincaba su punta en el toro, y quebrando el mango daba una airosa vuelta y burlaba esquivando la furia del animal: un lacayo presentaba entonces al caballero otro *rejoncillo* y volvía á repetirse la misma suerte. El toro entonces, fuera de sí, ciego de cólera, se adelantó una vez rápidamente al conde de Konismarck: un grito general se oyó en toda la plaza: la reina, no pudiendo resistir este espectáculo tan nuevo para ella, se cubrió la vista con las manos; el jóven resistió con la lanza el primer impetu del toro; pero insistiendo este con el caballo, cae revuelto con él, en tanto que un diestro, vestido á la morisca, llama la atencion del animal y le pasa la espada tan felizmente, que la fiera cayó redonda á sus piés.—Las músicas resonaron de nuevo, las aclamaciones frenéticas de la multitud poblaron los aires, y el rey arrojó una bolsa de oro al intrépido matador. Seis mulas adornadas de cintas y campanillas arrancaron en seguida al toro muerto fuera de la arena; los lacayos retiraron al conde de Konismarck herido, y el drama volvió á empezar con un segundo toro.»

Contraste formidable con esta fiesta presentó en el mismo año aquella Plaza con el memorable *auto de fé* de 30 de junio. La relacion de esta trágica escena publicada por José del Olmo, es demasiado conocida y anda en manos de todos, para que nos detengamos en renovarla. Diremos solo que en ella, como en el último alarde solemne de su poderío, ostentó la suprema Inquisicion todo aquel aparato terrible á par que magnífico con que solia revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa, el sermon, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones de la *Panadería* las doce horas que duró aquel terrible espectáculo, y lo mismo hicieron los consejos, tribunales, grandes, títulos y embajadores.

La descripción minuciosa de las ceremonias y el aspecto soberbio é imponente que presentaba la plaza henchida de espectadores, la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á mas de ochenta, de los cuales *veintiuno* fueron condenados á *ser quemados vivos*; todo ello puede verse en la ya citada relacion de José del Olmo, testigo de vista y funcionario en la ceremonia. Concluida esta, los veintiun reos condenados al último suplicio fueron conducidos al *quemadero* fuera de la puerta de Fuencarral, durante la ejecucion de las sentencias hasta pasada la media noche.

El siglo XVIII comenzó para la monarquía española con un cambio de dinastía, de política, y hasta de usos y costumbres, pues con la muerte de Carlos II sin sucesion directa, acaecida en 1700, entró á ocupar el solio español la augusta casa de Borbon, representada por el duque de Anjou, solemnemente proclamado bajo el nombre de *Felipe V*.

La famosa guerra que tuvo que sostener catorce años con varias potencias de Europa para hacer valer su derecho, se hizo sentir harto en el pueblo de Madrid, que en medio de sus desgracias le manifestó siempre una fidelidad á toda prueba. La Plaza Mayor vió alzarse tablados para la solemne proclamacion de Felipe; y luego, por los reverses sufridos por sus armas, tuvo que presenciar tambien los que alzaron los austriacos para proclamar á su archiduque, y hasta miró atravesar al mismo, mas como fugitivo que como triunfador, cuando habiendo entrado en Madrid el día 29 de setiembre de 1710, se volvió al campo desde la plaza quejándose de que *no habia gente que saliese á recibirle*.

Terminada en fin la contienda en favor de Felipe, ya asegurada este en el trono español, dedicó sus cuidados á embellecer la capital, y promovió tambien los regocijos propios de un pueblo ilustrado; pero como sus costumbres é inclinaciones estaban mas en analogía

(4) Hasta que en 1790 se trasladó á la plazuela de la Cebada el sitio de las ejecuciones de los reos, tuvo lugar en esta plaza, levantándose el cadalso frente á la *Panadería*; cuando era de garrote, delante del portal de Paños; y si era de horca á para los degollados, en la parte de las carnicerías.

con las francesas que había visto en la niñez en la espléndida corte de su abuelo Luis XIV, no fueron tan comunes en su reinado las fiestas de toros, cañas y autos sacramentales, y hasta llegó á prohibir las primeras y mandar aplicar á las necesidades de la guerra los gastos que se hacían en la representación de estos en la Plaza durante la octava del Corpus.

Huyendo instintivamente de todo lo que le recordaba á la casa de Austria su antagonista, edificó nuevo palacio real, desdénó profundamente el Buen Retiro y Aranjuez, creó un nuevo Versailles en San Ildefonso, y hasta mandó labrar su sepulcro en él por no ir á reposar con sus antecesores en el régio panteón del Escorial.

La Plaza de Madrid, ya destituida de la importancia de aquellos actos de ostentación, se convirtió en mercado público, y cubriéndose de cajones y puestos para la venta de toda clase de comestibles, solo en algunas ocasiones solemnes de entrada de reyes, coronación ó desposorios, solía despejarse y volver á servir de teatro á las fiestas reales. Tal sucedió en el pasado siglo á la coronación de Fernando VI, á la entrada de Carlos III el 13 de julio de 1760; últimamente á la jura del príncipe de Asturias, después D. Carlos IV, su proclamación, y en alguna otra ocasión análoga.

Pero á fines del mismo siglo otra tercer catástrofe vino á destruir gran parte de dicha antigua plaza; tal fué el violentísimo incendio que empezó en la noche del 16 de agosto de 1790, y de que aun conservan algunos ancianos dolorosa memoria. Todo el lienzo que mira á Oriente y parte del Arco de Toledo desaparecieron completamente, y las desgracias y pérdidas fueron imposibles de calcular.

Pero de estas mismas desgracias nació la necesidad de reedificar, bajo una forma mas elegante y sólida, los dos lienzos ya dichos, bajo los planes del arquitecto D. Juan de Villanueva, que levantó el portal llamado de Bringas, á principios de este siglo, y han seguido después los arquitectos municipales en las construcciones posteriores, variando sin embargo muy acertadamente el plan de Villanueva en cuanto á la forma de arcos rebajados, que ideó para la entrada de las calles, construyendo estos de medio punto y suficiente elevación, en cuyos términos ha quedado cerrada la nueva plaza en este mismo año de 1855.

El siglo actual no carece tampoco de episodios brillantes para la plaza, y tal puede llamarse el de las funciones reales celebradas en ella el 19 de julio de 1803 con motivo del casamiento del príncipe de Asturias D. Fernando (después VII) con la infanta Doña Antonia de Nápoles.

Durante la invasión francesa, y algunos años después, continuó sirviendo esta plaza de mercado general, hasta que se trasladó á la Plazuela de San Miguel, y también de teatro de los suplicios de los patriotas españoles condenados por el gobierno de José.—En 1812 vió levantarse arcos triunfales para recibir las tropas anglo-hispano-portuguesas, al mando de Lord Wellington. A los tres días de su entrada, el 15 del mismo agosto, se publicó en ella solemnemente la Constitución política de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo del mismo año, y se descubrió sobre el balcón de la Panadería la lápida con la inscripción en letras de oro «PLAZA DE LA CONSTITUCION.»—Esta lápida fué arrancada y hecha pedazos el día 11 de mayo de 1814 con gran algazara, y en aquel mismo día alzaban los vendedores de la plaza tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII de regreso de su cautiverio. En marzo de 1820 fué de nuevo restablecida la Constitución, y colocada una nueva lápida con toda solemnidad y una alegría frenética, y en 24 de mayo de 1825 fué vuelta á arrancar con estrépito á la entrada del duque de Angulema y del ejército francés, sustituyendo en su lugar otra que decía: «PLAZA REAL.»

Pero antes de esta última escena había sido teatro la plaza de otra memorable en la mañana del 7 de julio de 1822, en que se trabó una reñida acción entre la Milicia Nacional y la Guardia Real, sosteniendo aquella la Constitución y esta al rey absoluto, de que resultó vencedora la primera en las tres calles de la *Apargura*, de *Boteros* y *callejon del Infierno*, que llevaron después algun tiempo los nombres del *Siete de julio*, del *Triunfo* y de la *Milicia Nacional*.

Por último, habiendo muerto en 29 de setiembre de 1833 el rey Fernando el VII, fué proclamada solemnemente en esta plaza su augusta hija Doña ISABEL II por Reina de España y de las Indias; y publicada luego la Constitución de la Monarquía, volvió á colocarse otra lápida, aplicando por tercera vez á la plaza este nombre, á costa de tanta sangre disputado.

Todavía los hijos de este siglo hemos llegado á tiempo de presenciar en esta plaza, en dos distintas ocasiones, aquellas magníficas fiestas reales de toros, en que ostentaba su grandeza la antigua corte de dos mundos. La primera en 21 de junio de 1833, con motivo de la jura de la princesa de Asturias, hoy reina Doña Isabel II; y las últimas en los días 16, 17 y 18 de octubre de 1846, en celebración de las bodas de esta misma augusta señora y de la infanta Doña Luisa

Fernanda con los duques de Cádiz y de Montpensier.—Presentes están en la memoria de todos los habitantes de Madrid el deslumbrador aparato, la animación y la alegría que ostentó esta hermosa plaza en aquellos días. Suntuosamente decorada con ricas colgaduras de grana y oro, henchidos sus balcones, gradas y tableros de una inmensa concurrencia, al frente de la cual brillaban en primera línea los augustos novios, la reina madre y señores infantes, los duques de Montpensier y de Aumale, las régias comitivas y todo lo que la corte encierra de mas brillante, además del inmenso número de forasteros, entre los que se contaban muchas notabilidades políticas y literarias de los países extranjeros que consignaron luego pomposas descripciones de la fiesta, reflejaba dignamente el antiguo poderío y grandeza de la corte de dos mundos. También la bizarria y denuedo de los lidiadores y caballeros en plaza, y en especial del héroe de la fiesta, el capitán D. Antonio Romero, que quebrando el rejoncillo dejó varios toros muertos á sus piés, colocaron en muy alto punto la proverbial fama del valor español, dieron á los propios y extraños un espectáculo completamente caballeresco y nacional.

Concluidas aquellas reales funciones, y habiéndose de reponer el empedrado de la Plaza, el ayuntamiento de 1846 determinó arreglar su pavimento en mas elegante forma, dejando en el centro una esplanada elíptica circundada de bancos y faroles, y de una calle adoquinada para el paso de coches, entre ella y las anchas y cómodas aceras al lado de los portales, y nivelando el piso de estos á las entradas de los arcos y bocas calles, lo que proporciona de este modo un cómodo paseo cubierto. Colocóse en fin en el centro de aquella esplanada sobre un elevado pedestal la estatua ecuestre en bronce de Felipe III, que se hallaba en la casa de Campo, y que fué cedida para este objeto por la munificencia de S. M. En dicho pedestal se puso esta inscripción: *La Reina Doña Isabel II, á solicitud del Ayuntamiento de Madrid, mandó colocar en este sitio la estatua del señor Rey D. Felipe III, hijo de esta villa, que restituyó á ella la corte en 1606, y en 1619 hizo construir esta Plaza Mayor. Año de 1848 (1).*

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EDUCACION.

### PRINCIPIOS GENERALES.

Triste es la consideración de que en donde quiera que el hombre se encuentre ha de hallar el bien y el mal tan artificiosamente combinados, que sin un constante anhelo de su felicidad verdadera cae las mas veces, presa inocente, en los lazos que le tienden el vicio y las pasiones.

Por una tendencia naturalmente ciega, y que suele tener su origen en la frágil condición humana, propende de un modo lento, aunque seguro en resultados, á recibir todas aquellas impresiones que halagan los sentidos ó lisonjean el amor propio, desviándose, sin apercibirlo, muchas veces del áspero camino de la virtud que conduce á la perfección moral, pero cuya práctica exige abnegación y sacrificio de sí propio.

La lucha interior que se suscita entre los afectos de un corazón puro con el rudo embate de las pasiones, produce, en los primeros años, comunmente la derrota de las buenas costumbres y el triunfo de la desmoralización.

El grito de la conciencia, reprimido por los fugaces placeres, no alcanza á imprimir en la voluntad espontánea todo el impulso conveniente para separarse del suave declive que ofrece á la vista del joven inesperto una vida desordenada.

Para estos seres desgraciados, las necesidades ficticias que les rodean son otros tantos medios precisos para dulcificar la existencia. El momento presente es su esfera de acción, y no se ocupan ni un solo instante en considerar el abismo que les espera en último término de su precipitada carrera. El joven estudioso y pensador es para ellos un ser adusto é insociable; el amante de la virtud un insensato que por desconocer los verdaderos goces del mundo, merece el abandono y el desprecio de las gentes de buen tono.

De aquí es, que ridiculizando cuanto en el mundo moral y entre las personas eruditas y ejemplares merece un alto aprecio y una admira-

(1) El autor de estos artículos se complace en recordar aquí que la reforma de esta hermosa plaza y la colocación en ella de la estatua de Felipe III, que de muchos años atrás venia indicando en sus escritos, fué adoptada en los propios términos por la corporación municipal á propuesta suya, como concejal que era por los años 1846 al 50, y tambien que en representación de la misma corporación solicitó y obtuvo directamente de S. M. la reina la cesión de la estatua propia de su real patrimonio que estaba en la Casa del Campo.

ción sin límite, lo convierte todo en objeto de burla, por mas que los rasgos de heroísmo, de pundonor, de virtud, de beneficencia y de conformidad en las adversidades de la vida, conmuevan siempre el corazón humano, hasta de aquellos seres que abdicando en favor del vicio el influjo poderoso de sus facultades intelectuales, se colocan al nivel de los que solo cuentan con instinto.

La educación es la única reguladora de las acciones del hombre; y por lo tanto consideramos esencialísimo inculcar en los encargados de dirigir los primeros pasos de la juventud; las máximas de sana moral en que consiste la felicidad y el sosiego de los individuos y de las familias.

Es indudable que la repetición de las acciones llega á constituir y formar las costumbres, y estas serán necesariamente conformes con el impulso que las produce, porque de una acción reprobada que se repita con frecuencia, no es posible que resulte una costumbre ni una convicción digna de elogio.



Así pues es indispensable en los primeros años modificar toda acción que se oponga á la rectitud de los principios religioso-morales, porque una vez convertida en hábito, será muy difícil neutralizar su pernicioso influencia.

Tal vez se nos tache de demasiado oscuros en la esposición de las doctrinas que acabamos de consignar; pero este cargo queda desvanecido con la simple observación de que no hemos hecho otra cosa que establecer principios generales, de los que nos proponemos sacar seguro partido en otros artículos, acomodándolos en sus aplicaciones materiales á la débil é inmadura percepción de los niños, en cuyo obsequio consagramos estos estudios.

M. J. PASCUAL.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE PRIMERA.

(Continuación.)

Fácilmente se comprenderá que Marciana, á pesar de su ternura hacia él, no podía darle la poesía del cariño. El joven la amaba como se puede amar á una persona de quien nos separan los años y la diversidad de carácter. Su rica imaginación, su alma ardiente se exaltó pues en el vacío á impulsos de un deseo de felicidad que él mismo no comprendía, y que aumentó en un grado eminente el silencioso aislamiento de la vida de los campos. El amor, ese Dios de la juventud, le era totalmente desconocido; y sin embargo á los diez y siete años solo el amor puede darnos la felicidad; pero nuestro héroe solo había visto toscas aldeanas, y únicamente el día tan funesto para él en que fué á T... por vez primera, al acercarse á la burlona morena, causante de su hórno, sintió en su corazón un ligero calor que se desvaneció al punto al ruido de la grosera carrajada de aquella, y á consecuencia de la escena que se siguió. Casto y sin pasiones hasta entonces, no las sintió ni aun después que hubo llegado á la adolescencia; mas no porque careciese de sensibilidad, sino porque su alma poética y delicada tenía necesidad de una emoción asimismo delicada y poética, que

fecundando los gérmenes de pasión y de ternura encerrados en ella, la hiciesen salir de su letargo.

Sentados estos antecedentes, el lector no estrañará la sorpresa de Mario, á quien dejamos inmóvil fijando sus ávidas miradas en la silla del marqués, absorto en la contemplación del objeto que le puso en tal estado: no obstante, este no era sino una joven, casi una niña, que sentada en el banco de piedra leía en un libro con la mayor atención.

Parecía rayar apenas en los diez y seis años, y cuanto pudiera decirse no sería suficiente para espresar la gracia de su semblante angelical.

Castaños y sedosos cabellos coronaban su frente, atenuando con sus tintas sombrías el fuego de sus ojos garzos, rasgados y brillantes, en los que sin embargo notábase la timidez de la infancia y la serena melancolía de la meditación. Su tez, de una blancura mórbida y suave, tenía el color terso y mate de la de un niño enfermo, con el cual contrastaba admirablemente la frescura de sus labios húmedos y encendidos como una rosa que comienza á entreabrirse. Un aristócrata, observando las líneas vigorosas á par que correctas de su nariz, la altiva actitud de su cabeza, pecho y hombros, y la palidez de su semblante, reconociera en ella la heredera de una raza histórica: un poeta de la antigüedad, sorprendiendo en su rostro ligeras huellas de tristeza, hubiérala comparado á Venus después de la muerte de Adonis: un artista hallaría admirable semejanza entre su frente ática y severo perfil, y la belleza clásica y espiritual á la vez, de aquella que desde una humilde tahona se elevó á los brazos del príncipe de la pintura italiana; y por último, un escéptico al verla hubiera creído en la segunda naturaleza, en la diversidad de las razas humanas, en los seres intermedios entre los ángeles y los hombres, y finalmente, en todos los ensueños de los filósofos fenicios, reproducidos después por los cabalistas en la creación de sus espíritus elementales.

Llevaba un vestido de muselina color de lila cuyas anchas mangas, ciñéndose al cuerpo, hacían parecer mas esbelta y flexible su cintura y mas pequeñas sus manos blancas, descarnadas y un poco largas como las de las vírgenes de Rafael. Un cuello de batista lisa rodeaba su garganta, y un sombrero de paja fina yacía en el suelo junto á sus diminutos pies que asomaban por entre la falda, y que calzados de blanco y cruzados uno sobre otro, parecían dos azucenas nacidas de una misma mata sobre la yerba de la pradera.

Hay una balada alemana en la que un saboyano errante se encuentra con el ángel de la montaña por donde atraviesa; sola esta poética imagen pudiera dar una idea de la admiración de nuestro joven, que inmóvil, reteniendo la respiración, oprimiendo su pecho para ahogar sus latidos, contemplaba con ardientes ojos aquella aparición celestial... Vagos é inefables pensamientos cruzaron por su mente; una sensación interior y profunda, al modo de una flecha de fuego, abrasó primero sus mejillas, y estreñeciendo su cuerpo fué á refluir en su corazón. Luego, á aquella emoción ardorosa y febril sucedió un deliquio inefable que inundó de alegría su alma; alegría nerviosa, enérgica, casi salvaje, que hizo latir sus arterias, crispase sus manos asidas al tronco de un árbol, y doblarse sus rodillas hasta tocar á la tierra. Pasados estos primeros trasportes del amor naciente, en que puede asegurarse que obraba bajo un impulso involuntario, sus ideas oscurecidas fueron aclarando poco á poco, sus ojos distinguieron los objetos con mas claridad, y pudo gozar realmente del placer de ver y admirar, puesto que hasta entonces solo había experimentado el de sentir.

Pero lo que mas admiraba á Mario, no era la incomparable belleza de la desconocida, sino el conjunto de gracia infantil, gravedad é inocencia que en ella notaba, y sobre todo, otro atractivo del que no podía darse cuenta á sí mismo: y era que aquella niña que hubiera brillado en primer término en el salón mas aristocrático, le fascinaba con el perfume de distinción y esquisita elegancia que exhalaba, y que su instinto de lo hermoso y elevado le hizo comprender.

Además, como si la naturaleza misma se gozara en aumentar el encanto de aquella escena, nunca se ostentó tan bella y animada, nunca reunió en aquel sitio pintoresco tantos prodigios, tanta alegría y esplendor. Todo en su recinto era apacible y silencioso, y solo turbaban su misteriosa quietud el bullir de los insectos bajo la yerba, el murmullo del manantial que desaguaba en el río, y alguna que otra oropendola que columpiaba su nido agitando el follaje. Las plantas despedían mas dulces aromas, presintiendo la próxima lluvia; un rayo del sol atravesando el vallado y dejando una cinta de fuego sobre el río, tornasoló las hojas de la acacia que se mecía sobre el asiento de piedra, y descendiendo luego sobre la cabeza de la niña que le ocupaba, la ciñó como de una aureola de luz; y por último, una de esas aves conocidas bajo el poético nombre de pajaritas de la nieve, que solo aparecen á principios de invierno, vino por un fenómeno inexplicable á posarse sobre una zarza del vallado, frente á la hermosa lectora, y desde allí piando en intervalos parecía escuchaba su dulce acento respondiéndola en un lenguaje desconocido.

Aun cuando la niña leía en voz alta y Mario prestaba la mayor atención, comprendió muy poco de su lectura, causándole no obstante su suavísimo acento un enternecimiento indecible, parecido al que alguna vez experimentara oyendo el canto lejano de un ave, ó de noche el susurro de una fuente. Había una melodía tan melancólica é inefable en las palabras que escuchaba, que hirió vivamente el delicado oído del joven, que juzgando existía un lenguaje mas elevado y mejor que el que hasta entonces oyera, sintió un ardiente deseo de poseer aquel libro, olvidándose de que no sabía leer.

Una hada sorprendió sin duda este deseo en el fondo de su corazón, y quiso satisfacerla, no sé si digamos para fortuna ó desgracia de nuestro héroe.

Hacia algunos instantes que oculto siempre detrás del tronco de un árbol observaba á la hermosa desconocida, cuando esta suspendió su lectura, dejó el libro sobre el banco de piedra, y apoyando la frente en una mano, quedóse inmóvil y pensativa como si tratara de descifrar un misterio: mas en tanto pasaban estos sucesos, las nubecillas que apenas velaban el cielo al amanecer, fueron tomando cuerpo y condensándose poco á poco. Se levantó un viento pegajoso y húmedo; las plantas exhalaron olores mas penetrantes; oyóse un trueno lejano, y por fin comenzó á caer una violenta lluvia precursora de la tempestad. La niña, que absorba primero en su lectura y luego en su meditación, no había advertido el cambio de la atmósfera, se levantó entonces asustada al ruido del trueno, y con la presteza de una silfida corrió al sitio donde estaba atada la yegua que ya conocemos; desatola, se colocó sobre la silla, y empujando las riendas con suma gracia y destreza, salió al galope de su montura, pasando al lado de Mario que apenas tuvo tiempo para ocultarse, y siguiendo una senda bastante ancha y practicable que corría á lo largo del río.

En los primeros momentos nuestro héroe permaneció inmóvil de sorpresa; mas luego, reparando en el libro que quedó olvidado sobre la *silla del marqués*, le tomó con extraordinaria alegría, corriendo en seguida en pos de la hermosa incógnita, cuyas huellas perdió al principio, hasta que al dar la vuelta á un recodo de la senda por donde marchaba, la vió de nuevo atravesar el bosque siempre al galope, y por último penetrar por la puerta del jardín de la quinta de que varias veces hemos hecho mención, que un criado, que sin duda salía en su busca, abrió de par en par.

V.

Eugenia.

Esta quinta, que ya hemos dicho pertenecía al marqués de Guadaluimar, estuvo muchos años abandonada de sus dueños y al cuidado de un antiguo sirviente, hasta que el actual poseedor, hijo del fundador de la *silla del marqués*, cansado del bullicio de la corte, y deseando acabar sus días tranquilamente, fijó en ella su residencia.

El noble propietario de esta deliciosa mansion pasó algunos años de felicidad y reposo en medio de los ricos y pintorescos campos que la rodean. Unido á una mujer joven y hermosa, que le hizo padre de una encantadora niña, inmensamente rico, bien reputado, y todavía en la flor de su edad, el porvenir se le presentaba bajo el aspecto mas halagüeño, y fué necesario un gran acontecimiento para que se turbase la tranquilidad de tan venturosa existencia.

Este acontecimiento fué la muerte de Fernando VII, y la revolución que se siguió.

El marqués, que desde su infancia mereció al infante D. Carlos los mas señalados favores, y á quien estaba unido por los vínculos de la mas constante adhesión, no quiso declararse en contra suya, cuando este príncipe después de la muerte de su hermano alzó abiertamente el pendón de la guerra civil; y como por otra parte, dudaba de la justicia de los derechos al trono que reclamaba, y además toda la aristocracia española, salvo algunas escepciones, le ofrecía un notable ejemplo que imitar, determinó el pundonoroso caballero para conciliar los deberes de la gratitud con los que le dictaba su conciencia, ausentarse por algunos años de España, esperando tiempos mas bonancibles; y á consecuencia de esta resolución se trasladó con toda su familia á la capital de Inglaterra, en cuyo país tenía tambien algunas propiedades.

Mas ¡ay! la marquesa, flor brillante y delicada, necesitaba las brisas cálidas del Mediodía, donde naciera; y marchita por las nieblas del Támesis, pronto se la vió doblar su tallo y sucumbir. No obstante, los médicos, que en la consunción que la devoraba observaron solamente una pleuresía descuidada, la prescribieron la mudanza de aires, y la traslación pronta á su suelo natal; y su esposo, despreciando todos los riesgos, se apresuró á cumplir esta prescripción, aunque en vano, pues la marquesa murió en el viaje, dejándole sumido en el mayor desconsuelo.

A consecuencia de esta catástrofe volvió á Londres con su hija, que á la sazón contaba tres años, y desde allí se trasladó á París con objeto de dar educación á aquella hermosa niña, á cuyo efecto la puso á pension en el convento de religiosas de San Agustín, donde perma-

neció hasta los quince años, saliendo de él para trasladarse con su padre á su quinta de Andalucía, época en la cual la presentamos al lector, pues este habrá ya adivinado que nos referimos á la hermosa lectora que hemos visto aparecer en el capítulo anterior, en el que habiendo bosquejado los rasgos mas notables de su belleza, réstanos ahora solamente dar una idea de su carácter no menos bello y encantador.

Eugenia, así se llamaba la niña, salió de su pension imbuida en todas las preocupaciones de la educación claustral, y llena de falsas teorías que su natural penetración la hizo desechar poco tiempo después. Luego, á esta rigidez de los principios monásticos sucedió la necesidad de afección, la inquietud de los deseos que se despiertan, y todas las nuevas impresiones que agitaban el corazón de Mario, quizá menos enérgicas que en este, pero mas delicadas, mas ardientes, mas fijas, por último, mas femeniles, esclarecidas además por la educación, y producidas por causas que trataremos de definir brevemente.

En este siglo material y positivo, en esta edad del oro, y decimos del oro, no porque se asemeja á aquella tan feliz de que nos hablan las tradiciones paganas; sino porque el oro es el único dios ante quien se dobla la rodilla, el amor puro y sublime, tal como lo comprendió Platon, esa pasión origen de grandes virtudes y de grandes vicios, huyendo de la sociedad, demasiado mezquina para comprenderla, háse refugiado en los escritos de los poetas y de los novelistas que la han divinizado hasta en sus mayores extravíos.

En efecto, los adelantos de la civilización, las infinitas necesidades materiales que esta ha producido, han atenuado las grandes pasiones, origen de las sublimes virtudes, de los crímenes espantosos, y de los rasgos de abnegación y heroísmo tan frecuentes en las pasadas edades, y que por lo raros tanto nos admiran en la nuestra; mas no se crea por esto que juzgamos á nuestro siglo exento de pasiones: nada menos que eso; existen en él quizá en mayor número que en los anteriores, pero mas materializadas, y modificadas además por la cultura del entendimiento. Empero, no obstante que por una extraña anomalía esta sociedad decrepita y desilusionada, que solo se conmueve al poderoso estímulo del egoísmo y del interés, al mismo tiempo que reniega de su culto, devora con avidez las páginas llenas de ternura é idealismo en que los modernos novelistas han hecho, digámoslo así, la autopsia del corazón humano, y presentado el amor bajo fases tan diversas, buscando en su peligrosa lectura emociones para el corazón y remedio contra el hastío; repetimos que el amor puro, el amor verdadero, existe si, pero solamente en algunas almas privilegiadas que le ocultan como un precioso tesoro, ó pretenden desecharle por temor al ridículo de que le cubre la sociedad; y aunque nosotros creemos que esas almas privilegiadas, capaces de sentir la pasión en toda su pureza, han sido raras en todos los tiempos, juzgamos tambien que en el nuestro son mas raras y escepcionales todavía. (Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

## ANTIGUEDADES DE GALICIA.

## SEPULCRO DEL ALMIRANTE CHARINO

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

(Conclusión.)

Payo Gomez Charino, cuyo último apellido se cambió en *Chirino* con el trascurso de los años, fué el jefe de las embarcaciones tripuladas en Pontevedra. El padre Gándara (1), describiendo el blason de la familia de los Chirinos, cuyo origen se remonta segun él á la hermana de la reina Resimberga, muger de Chindasvinto (año 640 de J. C.), dice que «traían por armas un león rapante en campo bermejo, hasta que D. Payo Gomez Chirino, quinto Almirante de Castilla y primer Adelantado de Galicia, casó con Doña Maria Nuñez Maldonado, y sus descendientes tomaron las cinco flores de lises por armas y divisa.» Gomez Charino debió nacer del año 1218 á 1250, porque cuando capitaneaba las embarcaciones de los mareantes gallegos tenía de veinte á veinticinco años. Segun consta en la inscripción de su sepulcro, falleció en 1504, y D. Sancho IV en 1295; de suerte que sirvió á las órdenes de D. Alonso el Sabio y de su hijo D. Sancho el Bravo. Este rico-home de Galicia estuvo casado con Doña Maria Nuñez Maldonado, cuya familia procedía, segun el doctor Garcia de Novoa (2), de la condesa Doña Elvira Sorred, sobrina de D. Pelayo, y de Sorred natural de Pontevedra. Cuatro fueron las familias que usaron en sus escudos los cinco lirios de plata en campo rojo que se han esculpido en la testera de Gomez Charino:—los Narvaez, los Maldonados, los

(1) Nobiliario, armas y triunfos de Galicia.—Lib. II. Cap. XXII, Pag. 476.

(2) M. S. titulado: «Libro de varios escudos de armas que sacó de varios autores.»

Chirinos y los Aldaos ó Aldanas. Gil Gonzalez Dávila (1) afirma que los Maldonados ganaron blason en Francia con el poder de sus armas. La mencionada inscripción del sepulcro de Gomez Charino le titula *primeiro señor de Rianjo*, apartada villa de Galicia, donde se conservan los escombros de *O pazo* (2) ó *A torre*, que debía proteger por mar la enseña que alcanza hasta Taragoño, dominando por tierra la campiña. Nosotros no hemos encontrado justificada la posesion de este señorío en los documentos públicos y privados. Rioboó y Seijas (3), minucioso rebuscador de genealogías, remonta al siglo XIII la jurisdiccion de Rianjo, citando á Fernando Sancho Garcia de Caamaño, jefe de la gente de Galicia en tiempo de Alonso VII (de 1123 á 1157), uno de los mas poderosos caballeros de Galicia, señor de las villas de Noya y Rianjo, merindades de Posto-marcos, estado de Rubianes, etc. Una distinguida persona, tan ilustrada como verídica (4), que ha adquirido en nuestros dias la propiedad del castillo de Rianjo, nos ha facilitado con la mayor benevolencia el encabezado de la escritura de venta, otorgada por el conde de Oñate, á quien pertenecian las ruinas de la *Torre*. En este documento público no se consigna el nombre de Payo Gomez Charino como el primitivo señor de la villa, y dueño por consiguiente de su torre de defensa. Hé aquí sus palabras testuales:—«El Excmo. Sr. D. Carlos Luis de Guzman y la Cerda, marqués de Montealegre, conde de Oñate etc.... dijo: Que como poseedor legítimo del mayorazgo fundado por el mariscal Suero Gomez de Sotomayor, por escritura otorgada en la casa de Soverain á 14 de agosto de 1485, ante los escribanos notarios públicos Gomez Dayaso y Lopez Rodriguez, le corresponde en absoluto dominio y propiedad un castillo ó fuerte situado en la ribera mar de la villa de Rianjo, en la provincia de la Coruña, cuyo fuerte en el día se halla abandonado de muchos años á esta parte.... etc.» Antes del siglo XIII la villa de Rianjo reconocia por su señor á Fernando Sancho Garcia de Caamaño: en el siglo XV ejercia igual jurisdiccion Suero Gomez de Sotomayor. Por de pronto la historia niega á Gomez Charino la prioridad de señorío en la villa de Rianjo, que le atribuye la inscripción de su sepulcro.

El rompimiento del puente de barcas sobre el Guadalquivir corresponde á los mareantes tripulados por Payo Gomez Charino. De esta manera se explica la altiva concision de estas palabras: *el que ganó á Sevilla siendo de moros*, esculpidas en su lucillo. Los privilegios de Pontevedra se aumentaron por la parte que han tomado sus habitantes en esta empresa. Antes del siglo XIII solo habia recibido fuero de villa por D. Fernando II de Leon, y los reyes de Castilla y Galicia le habian concedido la libre introduccion de sus mercaderías y la venta con franquicia de la quinta parte de sus importaciones.

Resta á nuestro propósito presentar á nuestros lectores la descripcion del vetusto monumento que conserva las cenizas de Payo Gomez Charino en la ruinosa iglesia de San Francisco de Pontevedra.

Este convento conservaba muchos patronatos, cuyos señores daban el uso de coro é iglesia á la comunidad, con la condicion de que conservase y reparase el tejado. Era el panteon de algunas familias ilustres de Galicia; y como si procurase revelar á la actual generacion que la aristocracia antigua cambia de entronques por medio de la trasfusión de los intereses materiales y de las desvinculaciones nobiliarias, descubre sus empolvados altares con la vaguedad sombría de esas ruinas vacilantes que no conservan las líneas severas del arte ni el desmoronamiento fantástico de los escombros. Allí se divisan hidalgos arrojados sobre almohadones de granito, y caballeros recostados sobre sepulcros entreabiertos por la impaciente curiosidad de los arqueólogos ó de los vagamundos. Los siglos no entreabren las losas funerarias por un alarde de potencia, como el mar acostumbra á hacer con las conchas de los bivalvos arrojados sobre el baldosado de las calles. En la destruccion es mas poderoso el hombre que el tiempo.

La iglesia del convento de San Francisco se asemeja á una guarderapia secular de antiguos muebles correspondientes á los funerales de algunas casas solariegas de Galicia: —es el arca de familia que no se puede abrir hasta la lectura del ansiado codicilo. En el altar de la degollacion de San Juan reconoce el viajero á D. Juan de Castillo rezando sobre una peana desde 1682. El altar mayor, aunque no merece este dato la autorizacion histórica, pertenece á los marqueses de Castellar. La capilla del Buen Suceso corresponde á Doña Aldonza; la de San Diego, al marqués de Mos; la de San Antonio, á la familia de Godoy; la de la Aparicion de Santa Isabel, á la de Bermudez de Castro, y la de los Santos Reyes á la de Camba. El Maestro de Campo D. Juan Feijóo los Santos Reyes, vestido con el hábito de Santiago, descansa sobre la losa de un sepulcro. Cerca de las gradas del presbiterio, tocando con el primer peldaño de su escalera, se encuentran dos sepulcros que se levantan sobre el pavimento de la iglesia—el del lado del Evangelio

pertenece á los marqueses de Castellar, y el de la Epistola corresponde á Payo Gomez Charino.

Este monumento tiene cinco piés de elevacion, tres de latitud y ocho de longitud. En la parte superior se ha esculpido un caballero recostado sobre dos almohadas y con las piernas cruzadas descansando sobre dos perros. Viste un jubon con solapas cerrado sobre el pecho; calzon de escaso vuelo que se prestaría á las hebillas de pesada armadura, y recoge en ambos brazos un tabardo de cuello vuelto que se estiende hasta las espuelas de sus borceguies. Su cabeza se ha cubierto con una gorra de figura circular, plana en la parte superior y festoneada en su encaje, la cual dejando descubierta la frente y orejas, cae sobre el cuello, abriendo paso á la melena que sale por ambos lados al cielo y cae el cordon monástico sobre el cuerpo de una dama sin rizada toca en la cabeza: es la esposa de Payo Gomez Charino, Doña Maria Nuñez Maldonado, que á juzgar por el traje con que ha sido esculpida sobre su sepulcro, se ha apartado de las vanidades del mundo en las postrimeras horas de la vida, adoptando el sayal de la penitencia. En la parte testera de este monumento se ha esculpido el blason usado por la familia de los Chirinos—las cinco fises sin mote ni casco. En el ángulo izquierdo del fondo, la cabeza de un leon sale de entre las gradas del presbiterio y el sepulcro, como el leal y esforzado guardian del panteon—es el conserje de la tumba de Payo Gomez Charino.

La siguiente inscripción, dividida en su centro por un escudo jaquelado, ocupa el frente del lucillo:

Aquí. jace. el muy noble. Cavallero. Payo  
Enomej. Charino. el primeiro. señor. de Brianjo  
El que. ganó. á Sevilla siendo. de moros y los  
Privilegios desta villa. Año de 1304.

Los caracteres de esta inscripción pertenecen á la letra gótico-alemana, excepto el año, que aparece en guarismos arábigos. En una carta inédita de un sobrino del padre Sarmiento, que hemos tenido á la vista, dirigida á su primo D. Francisco de Paula Cousiño, en 1820, después de asegurar que el sepulcro de Gomez Charino, *sesto* Almirante, segun él, de España, levanta cinco piés del suelo, sin insignia ni jeroglífico de su empresa, copia la inscripción, añadiendo á la que nosotros estampamos en este artículo lo siguiente:—*y por haber sido los gallegos que llevaba consigo los que rompieron la cadena del Guadalquivir el que no pudiesen morir afrentosamente, no siendo por delito de traicion*. A decir verdad esta cláusula no ha desaparecido, sino que no ha sido esculpida en el sepulcro de Gomez Charino. Hemos examinado con la mayor atencion sus diversos lados por si habia una oculta correspondencia con las líneas de la inscripción, como acontece algunas veces en los antiguos epitafios, que concluyen en el pectoral de un obispo ó en la espada de un caballero, y no hemos encontrado este dato, que la historia atribuye á D. Fernando III. Por de pronto la inscripción cierra su testo sin las interrupciones del tiempo ó las dudas de la interpretacion paleográfica.

Payo Gomez Charino ha salido peor librado del sepulcro que de la conquista de Sevilla. De allí volvió á su patria sereno y valeroso entre los mareantes de Pontevedra: bajo las bóvedas de la iglesia de San Francisco perdió las narices, se le quebró la pierna izquierda y se le rompió la espada por su mitad. Su desgracia alcanzó á sus compañeros en la muerte: de dos perros que tiene á sus piés uno perdió la cabeza y otro el hocico. Los hombres—porque el tiempo destruye con mayores proporciones—solo los hombres no han respetado ni aun las prendas de su equipaje mortuario:—le han mellado una de sus almohadas de granito, como si les fatigase la reposada imagen del sueño. Este pensamiento solo se le ocurriría, viviendo Gomez Charino, á un acreedor ó patrona de huéspedes.

Cerremos el presente artículo con los detalles de un simulacro popular, que ha llegado hasta nuestros dias como el testimonio de la esforzada parte que han tomado los mareantes de Pontevedra en la conquista de Sevilla.

En el día del Corpus, en la festividad de la *Peregrina*,—santuario celebrado de Pontevedra—y en los solemnes festejos recorre las calles de la ciudad una pequeña embarcacion, conducida en un carro tirado por buyes, á la que se llama *A Nau*, y tambien *A Santa Nao* (1). Segun un escritor del siglo pasado (2), en la tarde de la víspera del Corpus el ayuntamiento de Pontevedra recorria las calles de la ciudad por donde la procesion habia de pasar al día siguiente. La *Nao*, sostenida sobre cuatro ruedas, era tirada entonces por un farsante, á

(1) Con este nombre la cita el padre Sarmiento en una carta m. s. que hemos leído. *Nau* y *Nao* significan *nave*.

(2) El padre Gándara en su citada obra, pág. 567.

(1) Historia de Salamanca. Lib. III, Cap. XIV. Fd. 521.

(2) En dialecto gallego equivale á *palacio*.

(3) En su poema titulado: «La barca mas prodigiosa.»—En la dedicatoria. (Santiago, 1728.)

(4) El señor Moro, magistrado de la Audiencia de la Coruña.

quien llamaban *Céntulo* ó *Choqueiro* (1), ayudado de algunos muchachos. Dentro de la *Nao* se reconocían los marineros, ricamente vestidos, que arrojaban bayas con profusión á los individuos de la municipalidad. La *Nao* era un navío empavesado y armado de guerra. Los marineros viejos decían que en Sevilla había el mismo carro en la procesion del Corpus, y que en esta procesion los mareantes de Pontevedra llevaban en las manos los fragmentos de las dos naves gallegas tripuladas por Payo Gomez Charino.

La actual generacion, avergonzada de haber agotado sus fuerzas en la demolicion de los monumentos, desea rehabilitarse, constituyéndose en restauradora de las glorias pasadas. Quiere vivir entre sus antepasados por medio de evocaciones familiares. Lleva los nombres de sus sabios y de sus héroes á las plazas y calles de sus ciudades. La Coruña y Pontevedra hicieron mas con sus héroes que Orense y Santiago con sus sabios. Entre tanto que han renovado el bautismo de sus calles con los nombres de *Maria Pita* y *Chirino*, el viajero no repite los de *Feijoo* y *Fonseca* antes de cruzar las puertas de la universidad de Santiago ó del Instituto provincial de Orense.

1855.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## AL SOL.

## ODA.

Dichoso vos, señor Sol,  
enemigo de la noche,  
madurador de pepinos,  
candil y hogar de los pobres.

Vos, cuyos rayos alumbran  
tantos dedos matadores,  
que entre la ropa y las carnes  
andan á caza de monjes.

Vos que haceis ver tantas calvas  
mas relumbrantes que soles,  
puro jaspe en lo bruñido,  
y en lo pelado melones.

Dichoso vos que estais libre  
de sastres y de doctores,  
de dueñas y de escribanos,  
que son las pestes del hombre.

Porque vos, si teneis frio  
cogeis unos nubarrones,  
y diciendo «hágote capa»  
os tapais el *coram vobis*.

Y luego si hace calor  
os meteis en vuestro coche,  
y nos le mandais al mundo  
porque á vos no os incomode.

Sin duda no os cansarán  
las pulgas y los moscones,  
que aunque hay en la tierra muchos  
por allá no se conocen.

Y como sois moscatel,  
y estais de barbas muy pobre,  
no necesitais barbero  
que os atuse los bigotes.

Pues que suban por allí  
donde diz que no se come  
á daros pasteles tales  
que diciendo «zape» corren.

Que suban las doncellas  
á sacaros los doblones,  
mas soliman cada una  
que cien moros de este nombre.

Que suban allá las suegras,  
todas ungüentos y botes,  
purgatorios de casados  
y del infierno tizones.

Dichoso mil y mil veces,  
señor don sol, no os asombre,  
vos que no teneis poetás  
que en vuestros oídos lloren.

Bastantes hay por acá,  
pero algunos tan inormes,  
que les ponemos la cruz  
cada vez que se les oye.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



## EL REY SABIO.

## FABULA.

Cierto monarca, de sabio  
Se preciaba, y con justicia;  
La historia, no la malicia,  
Fama le dió de astrolabio.

El consejo abandonaba  
Por consultar las estrellas,  
Y que habia humanas huellas  
En la luna aseguraba.

Sus cortesanos tambien,  
Alentando su aficion,  
Por su asombrosa instruccion  
Le daban el parabien.

Entre tanto el desgobierno  
En sus estados crecia,  
Mas el rey no lo veia  
Ni en verano ni en invierno:

Porque en los astros clavada  
La vista, su pensamiento  
Estaba en el firmamento,  
No en su patria desdichada.

Cierto dia un pobre entró  
En el régio observatorio,  
Y con voz de purgatorio  
Limosna al sabio pidió.

El rey no dió muestra alguna  
De verle, y dijo entre dientes:  
Ea! esta noche vivientes  
He de encontrar en la luna.

Tiróle al punto el mendigo  
De la ropilla y clamó:  
En la tierra vivo yo  
Sin sustento y sin abrigo.

Dejad el cielo, señor,  
Pues tiene otro soberano,  
Y tended piadosa mano  
De vuestro pueblo al dolor.

Tras un fantasma corremos,  
Y el imposible buscamos:  
Ni vemos lo que miramos,  
Ni miramos lo que vemos.

(1) *Cloca* en latín bajo significa la *choca* ó cencerro. (M. S. del padre Sarmiento.)

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.